

Al mismo tiempo salen por todas partes piquetes de infantería, de caballería, de cazadores, de dragones y municipales y se apoderan de todas las avenidas que conducen á la cámara de diputados, mientras que dos piezas de campaña se ponen en batería en la calle de Borgoña.

Un general pasa corriendo con la pluma tremolando al viento, seguido de su Estado Mayor, y grita al pasar al comandante de la guardia del palacio:

—No tengais cuidado; el puente está ya guardado; las mejores tropas de la Europa no lo forzarían.

Era este el general Perrot.

En efecto, la cámara estaba bien defendida, y tan bien defendida, que aun los mismos diputados tendrían trabajos para entrar. Jamás se hubiera creído que para custodiar hombres que iban á discutir un proyecto de ley sobre el banco de Burdeos, era para lo que se había juzgado necesario desplegar tales fuerzas.

Desde lo alto del peristilo se podía conocer á primera vista la hábil disposición estratégica de las tropas. Mas allá de la entrada del puente, la vista encontraba una multitud inmensa, compacta, sin otros movimientos que ese de ondulación que se nota en la superficie de los sembrados de trigo cuando pasa el viento. Solo de trecho en trecho esta vega humana es dominada por grupos colgados á las estatuas, á las columnas del alumbreado, á las tazas de las fuentes que no corren en aquel momento, y en fin, por el anfiteatro del pórtico de la Magdalena que va á inclinarse al otro horizonte del de la cámara de diputados.

Repentinamente hierve esta inmensa multitud. Antes podía apenas bullir, ahora huye. Vense los sables y los cascos de los municipales que la surcan. Una anciana es muerta y un hombre herido. Las masas se replegan; la plaza queda evacuada, salvo una treintena de personas que estrechadas por los sables y los caballos se han dejado ir á los fosos de la plaza de la Concordia, y van saliendo una á una

precipitadamente para escaparse por la calle de Rivoli y la calle Real.

CAPÍTULO XXV.

Los sucesos que acabamos de contar, han acaecido de diez de la mañana á dos de la tarde.

En medio de todos ellos no se ha visto brillar ni un solo fusil de la guardia nacional.

La guardia nacional no ha sido convocada.

Mientras tanto, la cámara discute; pero M. Odilon Barrot se aprovecha de un momento de silencio para ir á poner sobre el bufete del presidente un papel del que cada cual sabe el contenido, papel que el presidente no abre.

Este papel es la acusación del ministerio.

Está concebida en estos términos:

“Proponemos poner en acusación al ministerio como culpable:”

“Primero. De haber traicionado al honor y á los intereses de la Francia.

“Segundo. De haber falseado los principios de la Constitución, violado las garantías de la libertad y atentado contra los derechos de los ciudadanos.

“Tercero. De haber, por una corrupción sistemática, tentado el sustituir á la libre expresión de la opinión pública

los cálculos de interes privado, pervirtiendo así el gobierno representativo.

“Cuarto. De haber traficado, con un interes ministerial, tanto en las funciones públicas como en todos los demas atributos y privilegios del poder.

“Quinto. De haber, con el mismo interes, arruinado la hacienda del Estado y comprometido así las fuerzas y grandeza nacionales.

“Sesto. De haber, violentamente, despojado á los ciudadanos de un derecho inherente á toda constitucion libre y cuyo ejercicio les habia sido garantido por la Carta, por las leyes y por el uso.

“Séptimo. De haber, en fin, por una política abiertamente contra-revolucionaria, vuelto á poner en cuestion todas las conquistas de nuestras dos revoluciones y sembrado en el pais una perturbacion profunda.”

Siguen cincuenta y cuatro firmas, recogidas con precipitacion y que [necesariamente se irán aumentando en el dia.

Por su parte, y casi al mismo tiempo, M. de Genoude, bajo su sola responsabilidad, sube al bufete del presidente y deja otro papel ya abierto. Es una segunda acusacion, cuyos términos son estos:

“Atendiendo á que los ministros, al rehusarse á la reforma de una ley electoral que priva á los ciudadanos de toda participacion en los derechos políticos, violan la soberanía nacional, y son causa, por consiguiente de turbaciones y peligros para el órden social; atendiendo á que mantienen á la Francia de esta manera en un sistema inmoral y ruinoso para el interior, y funesto y degradante para el exterior; el infrascrito, diputado por la Haute-Garonne, pide á la cámara, el que sean acusados el presidente del consejo y sus colegas.

“Genoude, diputado por Tolosa.”

Algunas voces reclaman la lectura de estas dos proposiciones; pero M. Sauzet responde que no pueden ser leídas sino hasta despues de la autorizacion de los bufetes que las examinarán el juéves 24 de Febrero. Un instante despues llega M. Duchâtel. Viene de *paletteau*, trae su sombrero en la mano, sube á un sillón, dirige algunas palabras al presidente, va á sentarse al banco de los ministros, y despues de una corta conversacion con sus colegas deja el salón.

Son las cuatro.

A las cuatro y media el presidente levanta la sesion.

Mientras que M. Odilon Barrot y M. de Genoude presentan sus proposiciones, mientras M. Duchâtel aparece y desaparece, una treintena de hombres del pueblo armados de piedras atacan el apostadero de los Campos Eliseos, escalan las azoteas, echan abajo sus ventanas y desarman á los soldados. Despues, precipitándose hácia la iglesia de la Asuncion, y el palacio del Garde-Meuble, con sus manos acostumbradas á torcer el fierro, arrancan las rejas y pretenden tomar las primeras barricadas de los Campos Eliseos, calle de San Honorato y calle de Rivoli.

Pero bien pronto se convencen de que son muy pocos para organizar una resistencia en las calles anchas y abiertas, y se retiran hácia el centro de la ciudad, destruyendo los dos almacenes de Lepage y Devisnes; despues van á engolfarse en las calles tortuosas de los cuarteles de San Dionisio y San Martin, en donde volverán á encontrar pronto el convento de Saint-Mery y la calle Transmonain, de trágica memoria.

Las barricadas que habian sido levantadas, han sido casi inmediatamente destruidas; han durado lo que duran las primeras olas que anuncian la tempestad.

La tempestad está en el aire, se la siente venir.

El sol se pone tras de los Inválidos; su cúpula negra se dibuja sobre dos anchas fajas color de sangre. Ciérrase el

jardin de las Tullerías, el puente real está custodiado y fuerzas considerables se concentran en el Carrousel.

Las tropas que salieron de las casernas no han vuelto á entrar. Andan diseminadas en compañías, en pelotones y en piquetes. Se les percibe agrupadas en los muelles, en las plazas, en las encrucijadas: un batallón entero bivaquea en Halles, y en las esquinas de cada una de las calles se ve brillar el fusil de un centinela.

Es la hora en que los mas tímidos se arriesgan á salir para adquirir noticias.

A media noche se supo esto:

Los combatientes han ocupado sucesivamente las calles Tiquetone, Bourg-l'Abbé y Transmonain. Treinta ó cuarenta apenas estaban armados, y el mas rico en municiones no tenia arriba de seis cartuchos.

La mas reñida carnicería ha tenido lugar en la calle de Beaubourg, á la puerta de una casa en que habian sido encerrados cinco presos: sus camaradas han tratado de ponerlos en libertad y defenderlos, y una lucha cuerpo á cuerpo se traba entre el pueblo y los municipales. No se puede saber ni el número de muertos ni el de heridos aunque, á la verdad, no llegan á diez ó doce personas.

Los presos por quienes se peleaba han quedado en poder de la fuerza pública.

Se han hecho cerca de doscientas arrestaciones.

Desde las doce de la noche hasta las tres de la mañana, Paris parece alumbrado por dos grandes incendios.

Los reflejos del uno es el resultado de luminarias encendidas por la tropa, desde la puerta de San Martín hasta el baluarte Bonne-Nouvelle: los reflejos del otro los causan la llama que se levanta de una multitud de casas y barracas apiñadas que están ardiendo en medio de la grande avenida de los Campos Eliseos.

23 de Febrero.—Toda la noche han bivaqueado en medio del lodo. Al aparecer el dia se apagan las luminaria

la lluvia comienza á caer á torrentes y hace repetir á algunas personas las palabras de Petion.

“Llueve, ya no habrá nada.”

Se engañan; durante la noche los hombres que se vieron desaparecer en ese laberinto de calles que se estiende de la plaza del Cairo á la plaza Real, ha trabajado. Se ven barricadas, levantadas por todas partes y al aparecer el dia, alumbrá el trabajo silencioso y amenazador de la noche.

Dos generales mandan las dos fuerzas á las cuales el gobierno ha pedido siempre su apoyo: el general Tiburcio Sebastiani y el general Jacqueminot; éste dirige la guardia nacional, aquel la tropa de línea.

El primero se espanta al peso de la responsabilidad con que carga, no toma medidas sino á medias y duda, ignorando esta guerra de barricadas para la que no ha formulado reglar ninguna escuela militar. El otro padeciendo, recientemente levantado de una enfermedad grave, y sintiendo en la guardia nacional una sorda oposicion que parece que no quiere sino el momento de estallar, no toma ninguna iniciativa y se contenta con escuchar las informaciones que se le hacen.

Durante la noche se han dado órdenes á las fuerzas que circuyen la ciudad. Llegan á marchas forzadas por la barrera de Passy y se meten al Carrousel que cierra tras ellos sus puertas de fierro.

A las diez de la mañana un regimiento de línea, precedido de una batería de artillería, desfila por la izquierda y va á tomar posicion cerca de la isla de San Luis.

La víspera, en la noche, se ha esparcido la voz de que ha sido convocada la guardia nacional; pero que á las tres de la mañana habian dado contra-órden á todos los maires, y ya no se percibia en las calles ningun representante de este grande poder que habia hecho ya inclinar tres veces la victoria en favor del gobierno.

Cerca de las once batieron las primeras llamadas.

Se comprendió, por aquel grito del trono á la guardia nacional, que los acontecimientos se iban haciendo graves. En efecto, batíanse con encarnizamiento en las calles Beau-bonrg, Quncampoix, Bourg-l'Abbé, y en los cuarteles del Monte de Piedad, Saint-Martin-des-Champs y de Templo. En la esquina de la calle de Rambuteau habia sido levantada una barricada hecha de dos diligencias volcadas y llenas de tierra y ladrillos. El 69.º de línea y un batallon de cazadores de Vincennes, fueron rechazados allí tres veces y no la tomaron sino hasta la cuarta tentativa, perdiendo doce hombres del regimiento y cuatro del batallon.

El 34.º de línea perdía uno de sus comandantes de batallon á quien dieron un balazo de una de las ventanas de la plaza del Châtelet.

Mientras se hacian estas colisiones, eran incendiadas las barreras y la guardia nacional de los Batignolles, á la que habian querido desarmar en nombre del pueblo, hacia fuego y mataba tres hombres que despues trasportaba á la Morgue.

Hemos dicho ya que la llamada habia sido tocada á las once para la guardia nacional. El desprecio que parecia haberse hecho á ésta, la hizo titubear; pero bien pronto conoció que aquella llamada era tocada mas bien en nombre del pueblo que en el del trono.

Entonces comenzó á aparecer en las calles, tan solo sí, que ya habia tomado su partido. Esta vez contendrá el fuego, se pondrá intermediaria entre el arrabal de San Antonio y las Tullerías y presentará su plan: el ministerio caerá y la Reforma será adoptada.

Al grito de: *¡viva la Reforma! abajo el ministerio!* se adelanta la 10.ª legion. Pasan por la plaza de Borbon unos carros de la artillería; los detiene. Desde este momento nada ya de municiones ni á la tropa ni al pueblo. Es menester que la sangre deje de correr.

Un batallon de la segunda legion se dirige á las Tulle-

rias. Se le ha dicho que el rey ignoraba el voto popular: ella va á llevárselo de viva voz. Es mandado por M. Leon de Laborde, el hijo del antiguo general, hecho baron en Wagram. Pero las rejas de las Tullerías están cerradas, el batallon se vuelve y encuentra en el baluarte un batallon de coraceros dispuesto á cargar sobre el pueblo. Se coloca entre el pueblo y él. La carga fué detenida.

Un destacamento de la tercera legion ha seguido la calle de Montmartre y ha bajado hasta la calle de los Petits-Pères á los gritos de *¡viva la reforma! ¡abajo el ministerio!*

Habiendo llegado á la iglesia encuentra á los guardias municipales cargando sobre el pueblo. Cala bayoneta, se dirige á los soldados y estos se retiran.

Entonces los destacamentos de guardia nacional se dividen y recorren las calles, los baluartes y las barreras. Diríase que se ha pronunciado una palabra de orden universal y que esta palabra es: *¡alto, las armas!*

Ni un acto de hostilidad se cambia entre ellos y la tropa. Los soldados no gritan *¡viva la reforma! ¡abajo el ministerio!* pero dejan á los guardias nacionales y al pueblo que griten á sus anchuras.

Bien pronto esta intervencion de la guardia nacional, demasiado amigable para el pueblo y muy amenazadora para el poder, es conocida en las Tullerías. Los gritos de *¡viva la reforma! ¡abajo el ministerio!* han sido oidos por el rey y por los ministros. M. Guizot en su nombre y en el de sus colegas, ofrece su dimision que es aceptada.

Ha abandonado un cuarto de hora la cámara; este cuarto de hora le ha sido bastante para ir y volver á las Tullerías.

Va y se sienta en el banco de los ministros.

Apenas está allí cuando M. Vavin sube á la tribuna é interpela al ministerio.

El honorable diputado quiere saber por qué la guardia